

ABRE LAS ALAS Y VUELA

-¡¡¡Yo me voy!!!.

Oyó su voz resonando atolondrada por encima de las cabezas de sus compañeros y de pronto, nuca que se giran, ojos inquisitivos y risas burlonas, se sintió otra vez el fantoche de la clase y se puso a reír como el que más. Su risa también resonaba atolondrada por encima de las risas de los otros niños; se asustó.

-¡Silencio! -Dijo la profesora, y luego se dirigió a David con aquella voz cálida que a él le encandilaba:

-Es muy fácil, David, abre las alas y vuela.

-No tengo alas, Señorita.

-Pues tendrás que quedarte hasta que las tengas o esperar a que nos vayamos todos.

Pasó algún tiempo y ¡al fin! supo con certeza que aquellas alas de las que hablaba la Señorita Marta no salían, como habían salido los pelillos del bigote, ni de los hombros ni de los brazos. Parecía resignado a seguir siendo el fantoche de la clase, de los recreos, del camino hacia su casa. Un día de tantos sentado en su pupitre y aguantando los pinchazos que sus compañeros le daban en la espalda gritó:

-¡¡¡ Yo me voy!!!

Esperó las risas de los compañeros y el reproche del profesor (la Señorita Marta seguía en infantiles) pero todo era el cotidiano silencio de murmullos mientras “el profe” garabateaba la pizarra. Entonces comprendió que tenía alas y voló, voló sobre las nuca de sus compañeros y fue el jefe de la banda, luego salió volando por la ventana y estuvo charlando

amigablemente con Blanca, su compañera de pupitre, sentados los dos sobre la roca al borde del acantilado; allá abajo, muy abajo, las olas acompasaban su charla.

Desde ese día, las alas se fueron acomodando cada vez más a su vida cotidiana, volaba en las clases, en los recreos, en el comedor e incluso aprendió a volar en su casa cuando sus padres le reprochaban su silencio y sus rarezas.

Aquella mañana en el portal, con la mochila al hombro cargada de libros que no abría desde que aprendiera a volar, sintió sus alas más grandes y más fuertes, vio con sus ojos empañados por las lágrimas el camino hacia el colegio, largo, largo, interminable y gritó: -¡¡¡ Yo me voy !!!

Y fue volando hasta el acantilado; desde arriba le pareció ver a Blanca sentada en la piedra, pero cuando él se sentó a su lado la visión de Blanca se desvaneció. -“Quiere jugar al escondite” – pensó. Buscándola desesperadamente por entre las rocas, ¡al fin! la silueta de Blanca se perfilaba sutil abajo, muy abajo, charlando con las olas.

Feliz de haberla encontrado abrió sus brazos creyendo que eran sus alas y se lanzó al vacío.

Nonita Pérez Pélaez